

## La metáfora como factor de textualidad en *Ensayo sobre la lucidez*, de José Saramago.

Olívia Maria Figueiredo

*Universidade do Porto – Portugal*  
*Faculdade de Letras*

---

### Resumen

La metáfora como factor de textualidad es una reflexión sobre el modo como el sistema de la lengua se operacionaliza en el discurso. En este caso concreto, como es que en la obra literaria *Ensayo sobre la lucidez* las expresiones idiomáticas (expresiones compósitas) son transformadas de nuevo en expresiones metafóricas (expresiones componenciales). La incidencia del análisis se focaliza en la apreciación de cómo la expresión idiomática recupera su energía creadora y el primer impulso que la pone en circulación.

Teniendo por fundamento las teorías de la anáfora (ampliada) y de la reconceptualización, se muestra que tal reconversión se va haciendo a lo largo de la obra en un proceso de ampliación del enfoque cognitivo de que el recurso a las implicaturas es un trazo necesario para la comprensión de las explicaturas. Es preciso que el lector seleccione el contexto oportuno para entender pertinentemente el sentido comunicado. Y el sentido comunicado no es más que el cuestionamiento de la relación del hombre con el mundo por medio de la amplitud de escenarios metafóricos que sólo la lengua permite instaurar.

**Palabras clave:** metáfora; expresión idiomática; anáfora; reconceptualización.

---

*Señor comisario, yo no paso de un  
inspector de la policía, que tal vez no llegue nunca  
a comisario, pero aprendí de la experiencia de este  
oficio que las medias palabras existen para  
decir lo que las enteras no pueden.*  
Saramago, 2004: 274.

*Ensayo sobre la lucidez* es una novela de dichos, de palabras medias y enteras, de ecos, de voces. De voces y de puntos de vista de instancias que no tienen el mismo ángulo de visión ni la misma mirada de conciencia sobre los

---

\*\* Traducción: Julio Daniel Sanabria, Filólogo UN, corrector de estilo de El Tiempo.

hechos que están por transcurrir ante sus ojos en cierto país imaginario, en un día de elecciones y para los cuales cada uno, personaje y narrador, procura referenciar y evaluar a su manera.

Primero, porque “no había un solo elector en la sala” (Saramago, 2004: 13); después, porque cuando los electores resolvieron ir a votar, hubo una significativa votación en blanco. Ochenta y tres por ciento de los votos en blanco puso al poder político en alboroto y a pensar actuar represivamente contra aquellos que tuvieron el atrevimiento de tal locura, culpándolos de la situación. “Vosotros, sí, sois los culpables, vosotros, sí, sois los que ignominiosamente habéis desertado del concierto nacional para seguir el camino torcido de la subversión [...]” (Saramago, 2004:97)

Romance de tesis sobre la fragilidad de los regímenes democráticos para resolver situaciones imponderables, como la del gran porcentaje de los votos en blanco, esta obra, en términos lingüísticos, discursivos y estilísticos, refleja de forma original la relación entre tópicos de los diálogos de los varios actores en presencia, con realce de las reflexiones de tipo argumentativo e irónico, y las zonas discursivas, lugares de percepciones, de pensamientos representados, de creencias y enunciaciones.

Si es verdad prever que un contexto referencial –aquí la odisea de un día de elecciones con el sorprendente resultado del voto en blanco– influye en la construcción del modelo mental del enunciado, también es razonable esperar que tal contexto posibilite proporcionar la comprensión inmediata y mediata de las ideas de los enunciadores. Pero es necesario considerar que el contexto lingüístico inmediato aprehende una sola parte del contexto; el contexto cognitivo, situacional, ideológico necesita, entonces, de un procesamiento adicional, en general de tipo inferencial, de forma que el lector aprehende la otra parte de la representación conceptual del enunciado.

La novedad de este romance, en términos discursivos, es el papel de excelencia dado a las redes metafóricas que puntúan todo el texto. Las metáforas se presentan como los amplificadores cognitivos que incrementan el perfil de fenómenos cognoscibles. El recurso original que asegura la progresión novelesca se asienta en la reevaluación de la identidad de los referentes por medio del énfasis en la metáfora conceptual y en la imagen metafórica como instrumento para conformar la conciencia individual. La utilización de la metáfora como vehículo del tópico, cuya información solo es en parte codificada en la información lexical y sintáctica en el enunciado, significa que el procesamiento no depende de la activación de asociaciones preexistentes entre los términos del enunciado, pero que tales asociaciones se recrean en virtud de la integración de cada nueva información. Esto quiere decir que siempre hay una tensión metafórica entre el

tópico y el vehículo (por ejemplo en la metáfora *la mujer es una rosa*, “mujer” es el tópico y “rosa” es el vehículo), dada su incompatibilidad semántica. Pero si la propiedad de incompatibilidad semántica provoca tensión entre el tópico y el vehículo, la propiedad de cancelamiento pacifica el juego entre ambos, facilitando la inteligibilidad de la metáfora, de acuerdo con el campo de referencia inherente a la comunidad semántica. De hecho, las reglas del juego semántico indican que solo algunas propiedades del vehículo son aplicables al tópico, en cuanto otras características resultan irrelevantes para la comprensión de la metáfora. En el ejemplo dado, en el vehículo “rosa” interesan algunas propiedades como “la belleza, el color” y no otras como “las espinas, las hojas”. La hipótesis de la cancelación sostiene que la metáfora es consecuencia de la aplicación parcial de algunos atributos semánticos del vehículo al tópico, mientras que otros atributos son cancelados (Cohen, 1979). Saramago se acantona en estos dos postulados para así sacar dividendos: anula en las metáforas solidificadas algunos atributos ya socialmente compartidos y activa y selecciona otros con diferentes grados de prominencia, dependiendo del contexto.

Como piensa D.E. Rumelhart (1979), a la información contextual se le otorga un papel decisivo, pero también a los conocimientos y creencias de cada uno. Siendo que, para G. Achard-Bayle (2001), los universos de creencia, al inscribirse en una teoría de los mundos posibles, son una interpretación subjetiva que resulta de la asimilación y la categorización de la experiencia en la constitución de los conceptos abstractos. Otros autores, como G. Lakoff y M. Johnson (1980, 1999), ya habían asumido mostrar cómo buena parte de nuestra experiencia cotidiana del mundo y de nuestras relaciones sociales están estructuradas metafóricamente.

Sin pretender teorizar sobre la metáfora, apenas aquí se destaca la idea de Eco, U. (1984: 88) cuando dice que la lengua es por naturaleza y originalmente metafórica y que es este potencial metafórico el que define al hombre como animal simbólico. Esta simbología nos lleva a pensar que la lengua no se limita a reflejar la realidad, pero le posibilita a cada uno la aprehensión de una variedad de formas de representación recreada y recreada del mundo.

Veamos, entonces, y teniendo por tela de fondo el ambiente novelesco de *Ensayo sobre la lucidez*, cómo es alineado el hilo conductor de la narrativa cuando sabemos que este romance no se sustenta en las tensiones en juego de las coordenadas clásicas de las categorías de la narrativa (acción, tiempo y espacio). Siendo un romance de tesis de un postulado de ideas, y dada la presencia de creencias que se cruzan y de enunciaciones que se encadenan, al lector-interpretante le resta captar las intenciones que están detrás de cada enunciación, sea ella expresada de modo directo, indirecto o irónico. La teoría de la intencionalidad de J. Searle (1983), de que el comportamiento lingüístico humano

es intrínsecamente “intencionalista” y de que en los estados mentales se distinguen un contenido proposicional y una fuerza ilocutoria, viene en la secuencia de posiciones anteriores (Searle, 1979) cuando una década antes afirmaba que el significado lingüístico estaba determinado por el sistema de la lengua y el significado comunicativo determinado por el contexto en que se utiliza ese sistema. En lo esencial, lo que se deberá destacar es el significado que el enunciador confiere a sus expresiones lingüísticas concretas en circunstancias particulares de uso, de acuerdo con las condiciones de sinceridad y de satisfacción.

Estos principios pragmáticos orientarán al lector en el juego del descubrimiento de un sistema de implicaciones que muchas veces no se fundamentan en el contenido semántico de la categoría léxica correspondiente, sino en un sistema de tópicos ligados al referido, en una actitud de comprender lo que los personajes y el narrador quieren decir, lo que dicen, si dicen más, o dicen diferente, de lo que sus palabras expresan. Esto vale tanto para las expresiones metafóricas en general como para las expresiones metafóricas convencionales (idiomáticas), expresiones irónicas, actos indirectos de habla.

Limitaremos el análisis del corpus a las expresiones idiomáticas, siendo entendidas estas como primitivos semánticos que no se rigen por el principio de la composicionalidad semántica, pero que resultaron de metáforas que, semejantemente a ellas, podrán tener una interpretación literal o metafórica si encuadra en los contextos adecuados. A este proceso de “retorno a los orígenes” de una expresión idiomática en expresión metafórica (luego de haber sufrido un proceso de lexicalización y de asimilación al sistema de la lengua, recupera su energía creadora y el primer impulso que la puso en circulación), llama Kittay (1987) al proceso de reconceptualización. Para en contexto, si determinaran los criterios de identidad referencial transconceptual, criterios que permitan afirmar que el referente se mantiene inalterable, este mismo autor recurre a las teorías de la referencia anafórica para concluir que la expresión metafórica está en relación directa y vicaria con la expresión antecedente o que la expresión metafórica se relaciona con aquello que el enunciador piensa o cree. El conjunto de creencias pertinentes para la interpretación de un referente se puede considerar como un texto ampliado, es decir, como un conjunto de expresiones que, sin ser pronunciadas, determinan el ámbito pragmático referencial en el cual se inscribe la expresión enunciada. La referencia metafórica siempre es, según esta autora, referencia anafórica, quiere que su resolución se haga en un espacio intralingüístico o se haga por inducción a partir de inferencias acerca de los saberes compartidos y de las creencias del enunciador. Lo que es necesario es que exista el dominio del conjunto de tópicos compartidos por la comunidad lectora sobre el particular. Los siguientes extractos, retirados de la obra analizada,

ejemplifican ese modo creativo de, a partir de la unidad fija, lexicalizada, convertirla en expresión metafórica conceptual o simplemente en imagen metafórica. Este proceso de reconceptualización implica que la expresión deja de tener una estructura compósita y un significado socialmente fijado para pasar a requerir el conocimiento del significado de sus elementos componentes, de acuerdo con el contexto de uso.

En términos cognitivos, y basados en la teoría de relevancia de Sperber y Wilson (1986), que consideran la metáfora como un caso extremo de uso interpretativo, podemos ver en este proceso transformacional la repercusión en la creación de un concepto *ad hoc* que contribuye a la explicatura del enunciado en términos de cantidad de información que ahora es permitido incrementar por medio de inferencias:

No había pasado todavía media hora cuando el presidente, inquieto, le sugirió a uno de los vocales que fuera a vigilar a ver si venía alguien, ser oportuno si aparecían electores, *pero le dieron en la nariz con la puerta que el viento había cerrado*, y luego se fueron de allí a protestar (Saramago, 2004: 14).

La expresión “dar con la puerta en la nariz”, como expresión convencional que es, tiene un sinónimo en el sistema de la lengua que se puede parafrasear como “no encontrar a alguien o alguna cosa en el lugar donde se suponía que debería estar”. El pronombre relativo “que” al retornar como antecedente no toda la expresión idiomática sino apenas el segmento “puerta” para hacerlo figurar como objeto directo de la oración relativa, desestructura el compósito de la expresión idiomática que así deja de serlo, transformándola nuevamente en una expresión de raíz metafórica. Con este procedimiento, está abierto, de forma más amplia, el enfoque cognitivo de la comunicación humana.

Este es mi plan, dice, lo someto a vuestro examen y a vuestra discusión, pero escusado sería decirlo, cuento que sea aprobado por todos, *los grandes males pueden grandes remedios*, y si es verdad que *el remedio* que os propongo es doloroso, *el mal* que nos ataca es simplemente mortal. (Saramago, 2004: 78).

La expresión “los grandes males pueden grandes remedios” siendo una variante de la expresión idiomática “para grandes males, grandes remedios” no deja de ser también una expresión idiomática debido a la conexión directa y regular y al grado de convencionalización. También aquí se verifica la metaforización de los conceptos “remedio” y “mal” por medio de la atribución de una estructura semántica. Para captar estos atributos metafóricos a partir de expresiones estereotipadas, el lector tendrá que reconocer la intención comunicativa, la que Grice (1989) llamó significado del hablante y Sperber y

Wilson (1986) intención comunicativa. Es relevante destacar que lo comunicado intencionalmente comporta la combinación de tres elementos sin los cuales no se genera eficazmente la comunicación: un significado lingüístico, un contexto y un principio, el de la pertinencia, que permitan seleccionar el contexto oportuno y obtener el sentido comunicado.

Cambiar de lugar a las palabras representa, muchas veces, cambiarles el sentido, pero ellas, las palabras ponderadas una por una, continúan, físicamente, si así puedo expresarme, siendo exactamente lo que habían sido y, por tanto, En ese caso, permítame que lo interrumpa, señor primer ministro, quiero que quede claro que la responsabilidad de los cambios de lugar y de sentido de mis palabras es únicamente suya, y no *metí ahí clavo ni estopa*. Digamos que *puso la estopa* y yo *contribuí con el clavo*, y que *la estopa y el clavo* juntos me autorizan a afirmar que el voto en blanco es una manifestación de ceguera tan destructiva como la otra. (Saramago, 2004:176)

“No meter clavo ni estopa” tiene por sinónimo, en el sistema de la lengua, “no tener responsabilidad en el hecho”. También en este caso, se subvirtió el grado de convencionalidad del concepto histórico y cultural de la expresión en aprecio. Se recupera de la expresión idiomática los términos “estopa” y “clavo” y, al mismo tiempo que se suspende su función referencial, se contrasta su significado metafórico. La conexión entre los dos términos dejó de ser directa entre ambos al pasar ahora a exigir la mediación de una representación semántica mental (Bustos, 2000) entre aquello que se dice y aquello que se tiene la intención de decir. Se prueba sí que el enunciado nunca está codificado y que solo una parte de lo que se comunica depende del significado lingüístico de los enunciados. El resto depende de la capacidad inferencial gracias a los conocimientos del mundo.

También en esta obra se recurre a otros procesos de desestructuración de expresiones fijas. Ya no de la reconceptualización de la expresión idiomática en metáfora, sino de retoma de partes de aforismos o proverbios, como se puede ver en los siguientes ejemplos:

Yo cumplo órdenes, pero él es el jefe, no puede estar dándonos señales de desorientación, después las consecuencias las sufrimos nosotros, cuando *la ola golpea en la roca, quien paga siempre es el mejillón*, Tengo muchas dudas sobre la propiedad de esa frase, Por qué, Porque los *mejillones* me parecen contentísimos cuando el agua se desliza por debajo de ellos, No sé, nunca vi reír a los *mejillones*, Pues no solo rien, sino que dan carcajadas, el ruido de las olas es el que no deja percibir las, tienen que llegarles bien al oído, (Saramago, 2004: 245, 246).

En este aforismo, de origen popular y que tiene por sentido “la parte más débil es la que queda siempre más perjudicada” no se puede hablar de recon-

ceptualización porque no se trata de descomponer, metaforizando, una unidad lingüística compósita. Se trata antes de retomar los términos de una unidad que, aunque fija, se rige por el principio de la composicionalidad semántica. El resultado, en tanto, no deja de ser perlocutivamente metafórico, dada la invitación al lector para hacerle ver una realidad (los grandes necesitan de los más pequeños: los mejillones) en términos de otra para sobrevivir (los pequeños –los mejillones– siempre son los perjudicados). El realce y el énfasis en determinados segmentos lingüísticos del proverbio proporcionan un determinado significado de procesamiento, no solo en función de obtener las explicaturas e implicaturas del enunciado donde se inserten estas formas, sino también en términos de determinación de la relación del proceso descrito aquí como los otros procesos descritos en el discurso novelesco en general.

[...] veremos si en este caso se confirma el antiguo dictado *Quien hace la olla hace el tiesto para ella*, *De ollas* se trata entonces, señor comisario, preguntó en tono irónico la mujer del médico, *De tiestos*, mi señora, *de tiestos*, respondió el comisario al mismo tiempo que se retiraba, aliviado porque la adversaria le había suministrado la respuesta para una salida más o menos airosa. Tenía un leve dolor de cabeza (Saramago, 2004: 238)

También aquí, el recurso al proverbio sirve para, a partir de un significado literal abierto, universal y enunciado con un valor de verdad, canalizar un uso específico metafórico que las retomas “olla” y “tiestos” dejan adivinar. Aunque surjan como imagen metafórica aislada a un contexto muy específico (el de la mujer que durante la epidemia general de la ceguera blanca de hace cuatro años, no fue cegada, mientras que toda la demás gente sí), la proyección metafórica no deja de alimentarse de creencias dentro de un sistema culturalmente compartido. Solo así el lector logrará reconstruir la intencionalidad comunicativa a través del enunciado lingüístico para acceder al extralingüístico, es decir, al conocimiento de las realidades relacionadas entre sí. Estos enunciados ecoicos donde se insertan los proverbios, los aforismos se presentan en esta obra como representaciones de estados mentales atribuidos a un enunciador colectivo pero que se reproducen literalmente para después de ahí enfatizar pertinente y metafóricamente casos específicos que el contexto actualiza. Estos procesos de reconceptualización y retoma metafórica que atraviesan todo el texto saramagueano no se pueden concibir fuera de una teoría de la referencia y fuera de una teoría de la anáfora (Brandom, 1984). Si comúnmente se acepta el principio de que las expresiones metafóricas no tienen una relación referencial directa con la realidad, entonces hay que prever que la resolución para la comprensión de la metáfora, en situación

intralingüística pasa por su subordinación y relación a otras formas de referencia, en el caso presente a la referencia literal.

Los ejemplos siguientes muestran cómo la interpretación de la metáfora es anafórica y su forma de referir es vicaria:

Más allá de la humedad que *tornaba más espesa la atmósfera*, ya de por sí pesada por ser interior la sala [...], empleando la comparación vernácula, *se cortaba con el cuchillo*. (Saramago, 2004: 11)

El segmento “se cortaba con el cuchillo”, aunque sea una expresión idiomática conectada con el sentido literal de “susceptible de causar melindres”, de “herir varias susceptibilidades”, aquí asume visos de metafóricidad una vez que su anaforización con el segmento “se cortaba con el cuchillo” substituye al antecedente “se tornaba espesa la atmósfera”. Después de la retoma, “la espesura” se torna ambigua y tanto se puede encuadrar en una atmósfera psicológica o física, o ambas. Los dos segmentos lingüísticos “tornaba más espesa la atmósfera” y “se cortaba con el cuchillo” cuando son considerados aisladamente, integrados en el sistema de la lengua o contextualizados en el discurso, tienen un determinado significado. Cuando se relacionan entre sí por un proceso de ligación antecedente-consecuente el esquema semántico se enriquece contextualmente por medio de implicaturas que, como se sabe, lo que cuenta no son las condiciones de verdad, sino lo que es intencionalmente comunicado.

El código genético de eso a que, sin pensar mucho, nos hemos contentado en llamar *naturaleza humana*, no se agota en la hélice orgánica del ácido desoxirribonucleico, o ADN, tiene mucho más que se le diga y mucho más para contarnos, pero esa, por decirlo de manera figurada, es *la espiral complementaria* que todavía no conseguimos *hacer salir del jardín-de-infancia*, a pesar de la multitud de psicólogos y analistas de las más diversas escuelas y calibres que se han *partido las uñas* para intentar *abrirles los cerrojos*, (Saramago, 2004: 31)

De las expresiones metafóricas “la espiral complementaria”, “hacer salir del jardín-de-infancia” y “psicólogos y analistas [...] se han partido las uñas al intentar abrir los cerrojos” solo se retiran sus efectos interpretativos si asumimos que tales expresiones se refieren metafóricamente a lo que se refiere literalmente “la naturaleza humana” en virtud de esa relación anafórica que los une. Conviene anotar, y estas citas son ejemplo de que esa relación anafórica se hace con un antecedente expreso y que ese antecedente es un referente literal. En el primer caso “espesa atmósfera” y en el segundo “la naturaleza humana”. En ambos casos, la metáfora anafórica recobra su interpretación directamente del término lite-



ral antecedente. Pero también el término antecedente puede ser la expresión metafórica y el término consecuente –como se puede apreciar en los ejemplos que siguen– surgir la expresión codificada, literal, en anaforización con ella.

Pues es como le digo, este volante enseña mucho. Después de semejante revelación el comisario halló más prudente *dejar caer la conversación*. Solo cuando el motorista detuvo el carro y dijo, Acá estamos, *se animó a preguntar* si aquello del espejo retrovisor y del alma se aplicaba a todos los carros y a todos los conductores (Saramago, 2004: 299)

Le pido disculpas por haberlo hecho esperar tanto, pero *tenía un asunto entre manos* y no podía *dejarlo a medias* (Saramago, 2004: 301)

Lamento, mi querido, que las circunstancias lo tengan *metido en este callejón sin salida*. *Alguna salida tendrá*, mas lo cierto es que en este momento no la veo (Saramago, 2004: 198)

En estos enunciados las expresiones anafóricas, en este caso una relación de asociación, “se animó a preguntar”, “dejarlo a medias” y “Alguna salida tendrá” se ligan a las expresiones idiomáticas “dejar caer la conversación”, “tenía un asunto entre manos” y “metido en este callejón sin salida” respectivamente. Este proceso cohesivo por medio de la anáfora que retoma en parte y en asociación al antecedente, parece no validar la línea de raciocinio hacia la que apunta el proceso inverso –el antecedente es la expresión literal y la anáfora es la expresión metafórica. Esta evidencia parece comprobar que, si el antecedente es literal, aunque sea una expresión idiomática, y el consecuente que lo retoma es también literal, ellos se mantienen recursivamente literales, sin marcas de metaforización. Esto tendrá que ver con la metaforización de la conducta comunicativa en términos de equilibrio entre costo y rendimientos cognitivos. La metáfora, en términos cognitivos, es de más complejo procesamiento que la anáfora de acuerdo con el principio de la relevancia (Sperber y Wilson, 1986). Al contrario, como se vio en los ejemplos dados, si el antecedente es literal, el consecuente puede tener marcas metafóricas porque el antecedente tiene esa capacidad de contextualizar los mundos posibles explotados por la anáfora.

Cuando la referencia se produce en un espacio referencial explícito, tenga ella la forma de antecedente o anáfora, la interpretación puede ser literal o anafórica-metafórica, dependiendo, en este caso, de las premisas implicadas. En cualquier caso, la interpretación tiene que ser inducida del conjunto relevante de las creencias del enunciador. Estas creencias determinan el ámbito pragmático referencial en el cual se inscribe la anáfora. Kittay (1987) llama a esta relación

de la referencia metafórica, anáfora ampliada. Ampliada, en el sentido de no depender solamente de la explicatura sino también de las implicaturas.

El siguiente enunciado es aún ejemplo de eso:

Curiosamente se sentía leve, despejado, como si le hubiesen extraído de un órgano vital *el cuerpo extraño* que poco a poco lo venía carcomiendo, *la espina en la garganta*, *el alfiler en el estómago*, *el veneno en el hígado*. Mañana, todas las cartas de la baraja estarán sobre la mesa, *el juego del esconde-esconde* terminará por cuanto no tiene la menor duda de que el ministro, en el caso de que la noticia llegue a salir a la luz, y, aunque no salga, le sea comunicada, sabrá contra quien apuntar inmediatamente el dedo acusador. (Saramago, 2004: 308)

El mundo hipotético introducido con la expresión *como si* coloca las metáforas “cuerpo extraño”, “espina en la garganta”, “el alfiler en el estómago”, “el veneno en el hígado” al nivel no de la verdad o la falsedad de la proposición, sino al nivel de las intenciones y deseos de aquel que las produjo. De esta forma, el lector tiene que inferir, por un lado, las premisas implicadas que tales metáforas generan y, por otro, considerar textualmente la información expresa para que pueda reconstituir un proceso interpretativo para una conclusión implicada. Siendo que esa conclusión pasa por la evaluación de un antes presupuesto (“ahora se sentía leve”) de un ahora inferido (“como si”) y de un mañana expreso (“mañana... el juego del esconde... terminará”).

La conjugación entre la presuposición, la implicatura y la explicatura aliados al conocimiento en todo contexto previo de la enunciación ayudan a orientar la interpretación correcta y a establecer el principio de la relevancia, principio este que regula la comunicación en términos de costo y de rendimiento cognitivos de una interpretación.

Si el principio de la relevancia regula la comunicación, esto significa que las expresiones metafóricas pueden denotar, referir y connotar, de acuerdo con los usos que de ellas se pretende hacer. Cuestionar la relación del hombre con el mundo, en vez de cuestionar la estructura del mundo, es lo que se le otorga a la anáfora ampliada en general y a la metáfora en particular. Usos específicos como la argumentación y la ironía caben en este apartado.

De hecho, en esta obra, el uso de la metáfora al servicio de la argumentación pone de manifiesto, de forma particularmente relevante, las conexiones o desconexiones existentes en una línea de pensamiento.

Los votantes de mi partido son personas que no se amedrentan por tan poco, no es gente que se queda en casa *por causa de cuatro miserables gotas de agua* que caen de las nubes. La verdad no eran *cuatro gotas miserables*, eran baldes, eran

*cántaros, eran nilos, iguazús y yangtzes, pero la fe, bendecida sea ella para todo y para siempre, además de apartar las montañas del camino de aquellos que de su poder se benefician, es capaz de atreverse a las aguas más torrenciales y salir de ellas seco.* (Saramago, 2004: 12).

En este extracto está presente la tensión entre dos polos. De un lado, la justificación de que no son “cuatro miserables gotas de agua” que llevan a que las personas no vayan a votar; del otro, la réplica de que no eran solo “esas miserables gotas de agua”, sino mucho más que eso. Se enumeran, en un crescendo, por medio de expresiones metafóricas que remiten a sistemas de cosas (baldes, cántaros, nilos, iguazús, yangtzes) en que la persuasión se fundamenta más en el desencadenamiento de emociones que en la movilización de razones. Para de ahí concluir que incluso con “aguas torrenciales” aquellos que se benefician de la fe pueden salir de ahí secos.

El recurso a la imagen metafórica permite en todo momento la elaboración de objetos contruidos con palabras. En Saramago, la expresión idiomática [regana] recupera su novedad, su energía creadora, el impulso original que primitivamente la puso en circulación. Y así, el significado convencional de la expresión gana nuevas y más excitantes matices de acuerdo con sus usos, en este caso argumentativo:

Nos garantizaron que podríamos pasar sin problemas, y aquí está el brillante resultado: el gobierno *se puso en la alheta*, se fue de fiestas y *nos dejó entregados a los bichos*, y ahora que teníamos la oportunidad de salir de aquí no tiene vergüenza de *cerrarnos la puerta en la cara*. (Saramago, 2004: 158)

El efecto contextual del empleo de la expresión idiomática en contextos argumentativos es el incremento de la cantidad de información que permite inferir y la amplitud de escenarios metafóricos que permite instaurar. Así ocurre en este ejemplo de la página 158. Parafraseando. El gobierno prometió y no cumplió porque: primero “se puso en la alheta” y “nos dejó entregados a los bichos”; después “nos cierra la puerta en la cara”. Luego es un gobierno que no sirve.

Aunque pacíficamente acepte que la expresión idiomática releva de un grado mayor o menor de convencionalidad, en un contexto literario, como es el caso de este romance, la expresión idiomática es una herramienta que cumple las funciones para las cuales fue diseñada por Saramago. Como hemos visto, la expresión idiomática se asienta bien en una estructura que tiene la argumentación-persuasión como una finalidad. Como podremos ver en los dos siguientes ejemplos:

Antes de que el caso llegue a la policía, todavía habrá de pasar algunos días y, entre tanto, el tipo *da con la lengua en los dientes*, cuenta la mujer, a los amigos, capaz incluso de hablar con un periodista, en suma, *derramarnos la sopa* (Saramago, 2004: 192)

[...] Cuando toda la gente en la ciudad *andaba por ahí a los tumbos* y a *dar con la nariz en los candeleros* de la calle, y antes de que me responda que *una cosa nada tiene que ver con la otra*, yo le digo que *quien hizo un ciento hará un ciento*, por lo menos es esta, aunque expresada en otros términos, la opinión de mi ministro [...]. (Saramago, 2004: 251).

No es difícil de reconocer la línea argumentativa que está diseñada por detrás de estos enunciados y el valor aumentado, en términos inferenciales, traído por las expresiones metafóricas.

Las inferencias que tales expresiones desencadenan se limitan en los conocimientos cultural y socialmente compartidos. Es aquí donde reside la estabilidad de las conclusiones para extraer y que tienen que ser consistentes con el principio de la relevancia. De la ironía, uno de los otros usos de la metáfora en este romance, también se ocupó la teoría de la pertinencia, al considerar a la ironía un caso especial de la representación del otro. En verdad, la característica de la ironía reside en la consciente y voluntaria renuncia del autor a la transparencia comunicativa. Apreciemos en los siguientes ejemplos cómo es que la metáfora desemboca en la ironía.

[...] estamos aquí como náufragos en medio del océano, *sin vela ni brújula, sin capitán ni remo, y sin combustible en el depósito* (Saramago, 2004: 16)

Aquí el enunciador subvierte su propia enunciación al acrecentar, en la misma línea de raciocinio, las expresiones metafóricas genéricas “sin vela ni brújula” y “sin capitán ni maestro” la expresión literal “sin combustible en el depósito”.

Hay como una especie de ruptura entre lo que comienza y lo que acaba realmente por ser enunciado. El equívoco reside en la ambigüedad entre lo que es asumido y lo que es rechazado por el anunciador. Es el lector quien debe tener conciencia de eso.

La fuerza subversiva de la ironía, que tiene como resultado el bloqueo del principio de anticipación que siempre se desencadena en el acto de leer, obliga al lector, siempre que eso ocurre, a rectificar su lectura.

Veamos en los dos ejemplos siguientes cómo las expresiones metafóricas, dada su mayor o menor fijsa, son la condición previa para el éxito del juego irónico:

Votar en blanco es un derecho irrenunciable, nadie lo va a negar, pero, tal como prohibimos a los niños que *jueguen con el fuego*, también a los pueblos prevenimos

de que va contra su seguridad *agitar la dinamita*. [...] Sí, señor, el hombre habló bien, resumió el más viejo de la familia, y hay que reconocer que tiene toda la razón en lo que dice, *los niños no deben jugar con el fuego* porque después *es cierto y sabido que se orinan en la cama* (Saramago, 2004: 99, 100)

Mi voluntad sería ir ahí y darle un *jalón de orejas*, Ya no estoy en edad, señor ministro, Si alguna vez llegara a ser ministro del interior, sabrá que los *jalones de orejas* y otras correcciones nunca tuvieron límite de edad, *Que no lo oiga el diablo*, señor ministro, *el diablo tiene tan buen oído* que no necesita que le digan cosas en voz alta, Entonces, válganos Dios, No vale la pena, ese *es sordo de nacimiento*. (Saramago, 2004: 111)

La ironía permite operar una superposición de dos semantismos. De un lado, el sentido más o menos fijo y conveniente de la expresión (jugar con el fuego” en el sentido de “exponerse al peligro”; “dar un tirón de orejas” significando “llamar la atención”); del otro, el de la secuencia manipulada, no fija, individual (“Que no lo oiga el diablo” que significa expresar un deseo –o de que “tal cosa no ocurra”) y por consiguiente original, esencialmente irónica y alusiva y, por eso, más rica, más incluyente y más cargada de sentidos (en el ejemplo de la página 111, de la expresión idiomática “Que no lo oiga el diablo” resulta la secuencia irónica y también sarcástica de que “el diablo tiene buen oído”, “Dios es sordo de nacimiento”).

Puesto el fenómeno de la ironía en el cuadro de la polifonía, se verifica que hay subversión que se sitúa en la frontera entre lo que es dicho colectivamente y aceptado y lo que es individualmente descalificado. La ironía resulta, así, de la parodia entre una instancia y otra, donde la metafóricidad es erigida como trazo definitorio.

El proceso de configuración simbolizante del mundo se hace a través de sistemas de signos. Estos signos se conforman en un juego de enunciados que significan los hechos y los gestos de los seres del mundo. Saramago comienza el juego colocando en el tablero de la intriga narrativa enunciados idiomáticos que circulan en la comunidad social, siendo ahí objeto de reparto y de constitución de un saber común, particularmente de un saber de creencias y de representaciones sociodiscursivas.

En la novela, estos enunciados activan un juego continuado y que no se agota porque nuevos aspectos y nuevas experiencias introducidos recrean los enunciados dotándolos de ámbitos significativos. Apoderarse de estos enunciados idiomáticos que circulan en la comunidad social y de ellos crear un vasto manojito de intertextos en un juego entre coacción y libertad enunciativa y se asumieran los enunciadorees de la intriga al mismo tiempo como un yo social, pero también como un yo individual. En este espacio de estrategia, se movilizan procesos como los de reconceptualización y de anaforización ampliada.

Estos procedimientos de retoma permiten activar la prominencia de nuevos atributos que no hacían parte de la estructura compósita del enunciado parémico o metafórico. Todo esto como resultado de la actividad inferencial, concitada por el universo de creencia disponible en la situación en que los sujetos se encuentran y que, dependiendo de su subjetividad, tiene que ser fundado por ellos. Obtenidos otros efectos de sentido por un proceso de implicatura, el lector verifica que el calibre de las emociones, al ser parte integrante de la competencia comunicativa, discursiva y estética en los procesos de codificación y de descodificación imponen directrices a los planos y estrategias de comportamiento de los actores en presencia.

Al crear nuevas analogías entre el tópico y el vehículo, se recrean nuevas representaciones mentales semánticas y, a partir de esto, se recorre el camino inverso: el retorno del idiomático al metafórico. Esta observación confirma la idea de que la característica de la expresión metafórica no reside en su naturaleza semántica especial, sino en el uso especial que se hace de ella. Y en la novela *Ensaio sobre la lucidez*, el uso de la metáfora se amplía y alarga la proyección de sus temas, forzando los límites expresivos de la lengua en la construcción de nuevos conocimientos culturalmente no convencionalizados, de acuerdo con el grado de creatividad accionado.

Y esta capacidad de creatividad y de permanencia de las palabras y de las expresiones que cambian en la continuidad es también una marca de conciencia de los interlocutores de la narrativa en cuestión.

Es interesante observar, dice [el ministro de negocios extranjeros], cómo los significados de las palabras se van modificando sin que nos apercibamos, como tantas veces las utilizamos para decir precisamente lo contrario de lo que antes expresaban y que, de cierto modo, como un eco que se va perdiendo, aún siguen expresando. Ese es uno de los efectos del proceso semántico, dice allá en el fondo el ministro de la cultura. (Saramago, 2004: 63)